

LITERATURA

¡IRONISTAS DEL MUNDO, UNÍOS!

El filósofo Santiago Gerchunoff reivindica la ironía omnipresente en las redes como «flotador de la democracia» en su afilado y brevíssimo debut editorial, 'Ironía On. Una defensa de la conversación pública de masas', publicado por Cuadernos Anagrama.



MATÍAS NÉSPOLO

Doctor en Filosofía por el Complutense, profesor de Teoría Política en la Carlos III y fundador de la madrileña librería Muga, Santiago Gerchunoff (Buenos Aires, 1977) es todo un experto en el campo de las ciencias políticas. Pero si hay una especialización que le viene de cuna y que ejerció a conciencia los últimos años en la crítica cultural, a través de una polémica columna en un medio digital titulada *Filosofía basura*, es sacarle punta a las palabras para combatir la necia literalidad de los discursos. «Por tradición familiar, la ironía es el pan nuestro de cada día», confirma.

Y de ella se ocupa en su primer trabajo publicado, porque hasta ahora sólo se había prodigado en *papers* académicos: *Ironía On. Una defensa de la conversación pública de masas* (Cuadernos Anagrama), pero no para denostar como «una de las nuevas enfermedades de la red», sino todo lo contrario. Aquello que no hace mucho era el patrimonio casi exclusivo de algún mordaz parlamentario británico, ahora campea a sus anchas en el entorno digital y detona en cualquier tuit del señor nadie que bien puede poner en evidencia a un político o dejar en ridículo a una Académico de la lengua (Pérez Reverte y el periodista Pablo Feinmann son las con-

tados nombres propios que deja caer Gerchunoff en una nota la pie, pero bien vale la pena la mención). ¿Y qué hay de malo en ello?

Pues ese es el punto de partida del afilado, brevíssimo y demoledor ensayo de Gerchunoff. «Comencé a investigar el malestar creciente que percibía con la propagación de la ironía en la esfera pública», explica. Una propagación a caballo, por supuesto, de las redes en era de las pantallas. Un malestar y un rechazo que no es nuevo, porque el filósofo viaja a las críticas que lanzaba David Foster Wallace «a la irrupción de una irónica cultura televisiva masificada», hasta la Ilustración o incluso más allá, a sus orígenes. «Sócrates es el gran paradigma del ironista», dice. El *iron* era un personaje de la comedia griega, humilde e ignorante que desenmascaraba con preguntas a *alazon*, su contrario, el jactancioso charlatán o falso sabio. «Kierkegaard me ayudó a entender la complejidad de la ironía, porque en el contexto original era un arma humilde de reacción para desarticular los discursos dogmáticos, pero también un arma elitista atacaba la literalidad desde un tono de superioridad», explica.

¿Y qué ha ocurrido para que esa mordaz herramienta filosófica, en manos de unos pocos, muy útil para desenmascarar Tarfulos y desarticular discursos peligrosos, hoy genere tanto rechazo y



«En el contexto original, la ironía era un arma humilde de reacción para desarticular los discursos dogmáticos, pero también un arma elitista atacaba la literalidad desde un tono de superioridad».

David Foster Wallace ya criticó la ironía cultura televisiva de masas.

EL MUNDO

público? ¿Al así como un sufragio cualificado?», pregunta ironico.

Y la cuestión tiene miga, no sólo porque «la ironía es política», ya

la ejercite un asno o Eistein, sino porque además, «la democracia representativa en al que vivimos es irónica desde su fundación», dice Gerchunoff, al explicar como el mismo «escepticismo irónico» o la «distancia irónica» del mecanismo representativo permitió limitar «la soberanía absoluta de la voluntad popular» cuando fue arrebatada al monarca. Vamos, que la ironía es el fundamento de las democracias occidentales, como «la conciencia de nuestra propia contingencia», decía Rorty. La contingencia de nuestras libertades rebajadas, al no vivir en una utópica democracia directa. Y la contingencia de que ya no hay verdades solidadas a que aferrarnos, porque ninguna resiste al picapedrero o ironista de turno.

Con todo ello, Gerchunoff no niega la mayor, que «la ironía es negatividad infinita, como decía Hegel», porque no aporta ni afirma ni construye nada, sólo destruye el dogmatismo ajeno. Pero por eso mismo «es el flotador de la democracia». Si se propaga en la actualidad, es por simple reacción, porque el dogmatismo es un valor al alza en las redes. «Mas que una de las llamadas nuevas enfermedades de la conversación pública de masas, como el linchamiento verbal, la posverdad, el *fake news*, la ironía es su antidoto», dice el filósofo, recordando que la mentira es una estrategia política más vieja que la política. «Al contrario, lo propio de nuestra época es la rapidez desmentido».

Sin embargo, quien quiera aquí una apología ingenua a lo que se cuece en las redes, no ha comprendido a Gerchunoff. «La ciberutopía me parece una estupidez», fustiga. «No soy un entusiasta ni digo que gracias a al conversación pública de masas vamos a encontrar el mejor gobierno y a llegar a la verdad. Lo que si digo, es que si la turba digital, como dicen los nuevos conservadores, arruina la democracia, será por exceso de democracia», concluye.

malestar? Pues que ya no tiene dueño. «El elitismo de masas» de la era de las pantallas la ha propagado por doquier. Y aquí viene la afilada primera hipótesis de Gerchunoff: «Pesé que si podía entender el sentido de ese rechazo histórico a la ironía, también podría entender el malestar y el rechazo actuales que despierta la conversación pública de masas», dice. Y la segunda hace más pupa: «En el malestar que provoca la ironía hay una aversión a la democracia. La conversación pública de masas y la participación política es objeto de desprecio de los nuevos conservadores», dispara.

«Nadie lo dice así, porque sueña muy mal», reconoce el filósofo, pero en sus metáforas —que no en sus obras, que diría el *Evangelio de Lucas*— los conoceréis. Gerchunoff recuerda como su colega Javier Gomá, presidente de la Fundación Juan March, comparaba en una tertulia radiofónica el bati-burrillo de las redes con un acceso masivo al coche en una sociedad donde nadie tuviera (ni existiera) carnet de conducir. «Pues muy bien, ¿y qué propone usted? ¿Un carnet para poder opinar en